

806
E
DK 449
93

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



I.

Después de celebrar como se merece
el cosmopolitismo de los granadinos, el correspondiente
declara sus propósitos.

VARIOS amigos míos granadinos, miembros de
la tan ilustre como desconocida *Cofradía del
Avellano*, me han escrito pidiéndome noticias de
estos apartados países, en la creencia de que las
tales noticias, aparte de los atractivos con que yo
podiera engalanarlas, tendrían de fijo, uno muy
esencial, el de ser *frescas*; porque la imaginación
meridional, reforzada por el desconocimiento no
ya meridional, sino universal, que de este rincón
del mundo se tiene, concibe a su antojo cuadros
boreales, en que figuran los hombres enterrados
debajo de la nieve y saliendo de vez en cuando
para respirar al aire libre y fumar un cigarro en
agradable conversación con los renos, los osos y
las focas.

No soy yo hombre capaz de negarme a satis-
facer los deseos de mis amigos, singularmente
cuando lo que me piden es razonable y poco.

trabajoso; así es que me decidí a escribir varias cartas, hablando a cada uno de los peticionarios de lo que más pudiera interesarle y gustarle, y abrazando en conjunto desde la constitución geológica, etnográfica y política, artes, cocina o industrial, hasta los procedimientos que se emplean para encender el fuego y hacer las camas. Pero después, pensándolo mejor, caí en la cuenta de que no era justo reservar en beneficio de unos pocos un trabajo que, malo o bueno, había de contener tantas noticias nuevas y curiosas, y formé el propósito de callarme hasta el día 1.º de Octubre, que es el de apertura de los centros docentes, y ese día abrir mi cátedra, como el más pintado, y explicar un curso libre por medio de cartas dirigidas en particular a mis amigos y en general a todo el que quisiera matricularse en la administración de *El Defensor de Granada*. Ese día es el de hoy, y lo que pensé va a convertirse en hecho visible y palpable.

El procedimiento es un tanto revolucionario, pero los usos no nacieron todos a la vez; el mundo es una Universidad donde hay cátedras y bancos de sobra y lo que faltan son maestros y discípulos; yo no soy maestro, lo reconozco; pero en caso de apuro puedo ejercer de suplente, auxiliar o supernumerario, no tan mal como muchos que he conocido en mi vida estudiantil, dicho sea sin ofensa de nadie. Y por lo que hace a mis discípulos lo serán muy a gusto, aunque por culpa mía con escaso provecho, todos los granadinos de buena casta, los cuales son por naturaleza cosmo-

politas y muy aficionados a conocer países extranjeros. He notado que en los años juveniles, a todos nosotros se nos mete en el cuerpo, juntamente con los primeros sobresaltos eróticos, una pasión violenta por conocer nuevas gentes y nuevos climas, sin duda para sacudir el yugo del amor y de las prosaicas complicaciones que acarrea. Y si muchos, casi todos, se mueren sin haber logrado más que dar una escapadita a Málaga para ver lo que es el mar, recaiga toda la culpa sobre el mal servicio de ferrocarriles y sobre la «crisis porque atraviesan las tres fuerzas vivas del país: la agricultura, la industria y el comercio».

Hallábame yo un día paseando por el Grao de Valencia y se me ocurrió entrar en cierto burdel, a mano derecha yendo hacia el puerto, para saborear la legítima paella valenciana, que a la puerta estaba anunciada en un cartelillo tan sucio como falto de ortografía; y una vez dentro de aquel tugurio o cuadra y en posesión de mi apetecido plato de paella, de exquisita paella, ví que en el centro del comedor, entre las mesas, comenzaba a perorar un hombre joven y simpático, que de frente parecía un tribuno y de perfil un banderillero, a causa de lo largo de sus brazos y de lo desmechado de su chaqueta; y lo que me llenó de admiración fué oírle hablar de Granada, de la grandeza majestática de nuestra Sierra, de la hermosura de nuestra Vega y de la umbrosidad apacible de los bosques de la Alhambra. Todos los comensales que eran muchos, estaban suspensos y como colgados de la palabra del orador, y

entre los platos y las bocas, las cucharas hacían varias estaciones. Yo no quise interrumpir tan bella disertación, por no cortar los vuelos a mi paisano (más que paisano, puesto que luego declaró ser nativo del Campo del Príncipe y por lo tanto greñudo auténtico), quien, dicho sea entre paréntesis, se despachaba a su gusto, es decir, que entre cada dos verdades metía un embuste, como una piedra de molino; pero pensaba que si las manos del disertante no denunciaran su oficio de sombrerero, cualquiera le tomaría por un bardo popular, famélico y errabundo, inspirado por la musa granadina, ingrata doncella, que se hace amar a fuerza de desdenes.

Y en verdad, aunque el progreso de los tiempos haya transformado los laudes en planchas u otros instrumentos de trabajo y las estrofas rítmicas en prosa hinchada e hiperbólica, yo creo que el espíritu popular no ha cambiado, que en él se conserva perenne el sentimiento de la belleza natural, renovador y purificador del arte. El pobre cantor del Grao de Valencia no es solo; en muchas ciudades y pueblos de España, donde yo menos podía imaginármelo, he encontrado granadinos; casi todos del gremio de sombrereros, que sea por la crisis por que suele pasar, sea por lo «socorrido» del oficio, es el que da más aliento a la emigración; algunos establecidos decentemente; los más en míseros portales con un mostrador, un escaparate y dos sillas, todo de lance, amén de los moldes, planchas y sombrereras. En estos humildes centros, que a veces son terribles focos políticos, está

depositada la representación del pueblo granadino en las «cortes extranjeras». ¿Y quién sabe todavía si nuestros sombrereros no se decidirán a aprender idiomas y a derramarse por todo el mundo, con gran provecho para nuestra fama?

Parecería más lógico que Granada, ciudad morisca, estuviese representada por vendedores de babuchas, que no que lo esté principalmente por artifices de una prenda que los moros jamás usaron ni quieren, con excelente acuerdo, usar, no obstante el empeño con que los paladines de la civilización pretenden adornarlos, no ya con sombreros, sino hasta con camisas almidonadas, corbatas y guantes. Pero las cosas son así; no seamos exigentes y conformémonos con que haya en España quien sea vocero de nuestro renombre y quien demuestre prácticamente que somos un pueblo amante de la expansión, de ver mundo, de sacudirnos el polvo, sin olvidar la tierra nativa, por más malos tratos que en ella hayamos recibido.

Para que nadie tenga nada que agradecerme, diré que yo vivo en este país a costa de España y que aunque no hay ningún artículo de reglamento que me obligue a escribir a mis paisanos, no hay tampoco ninguno que me lo prohíba; de suerte que soy libre para pensar como pienso que estoy obligado y, con el sueldo que me pagan, pagado.— Otro uso nuevo, dirán mis discípulos.—No tan nuevo, contestaré yo, puesto que los célebres agentes políticos, que las repúblicas italianas enviaban al extranjero, los tan decantados venecianos y florentinos, no eran más que corresponsales

de periódico, habilísimos gacetilleros, injertados en políticos sutiles, que escribían sobre todas las cosas con la mayor libertad y desenfado y nos dejaron cuadros admirables de los países en que habitaban, mientras que los diplomáticos que se consideraban «seres superiores» escribían despachos apelmazados y hueros, útiles sólo, en general, para que los roan los ratones, en los archivos. Nada hay más hermoso en el mundo que la llaneza y la naturalidad, y en gran error viven los que se rodean de misterios, que el tiempo se encarga de aclarar y de presentar ante nuestros ojos como envoltura de ridículas vulgaridades. Las ideas que los hombres tenemos deben de ser como piedras y los cargos que ejercemos como cántaros; ocurra lo que ocurra, debe de romperse el cántaro. Cargos hay muchos e ideas pocas; respetemos la pureza de nuestras ideas y no la alteremos en beneficio de los fugaces intereses de nuestro medro personal, exagerado o mal comprendido.

No me gusta imitar a nadie; mas, si lo pretendiera, vemos que no faltan modelos y de los mejores; y a mucho apurar la materia, yo podría ser tan florentino como el mismísimo Maquiavelo, porque no nací en ningún villorrio, sino en una gran ciudad, que por tener entre sus nombres históricos el de «Florentia» da derecho a sus hijos a que usen el sobrenombre de florentinos, aunque sean más romos que un colchón.

A fuer de hombre honrado he de declarar, que el deseo de ser útil a mis conciudadanos no me ha forzado hasta el punto de obligarme a hacer cosas

distintas de las que hubiera hecho en cualquiera ocasión; no se crea que escribo entre promontorios de libros y papeles; el único libro que tengo a mano es el «Adressbok» o «Guía de la ciudad». No trato de hacer un estudio científico; voy sencillamente a exponer las «ideas que se le ocurren a un español que por casualidad habita en Finlandia». Hablo de lo que veo y de lo que oigo o de lo que «semiveo» y «semioigo»; porque en cuanto al oír, como me hablan en varias lenguas, es posible que entienda muchas cosas al revés, y en cuanto al ver, como tengo la desgracia de distraerme con frecuencia, no veo las cosas por todos sus aspectos, y a veces no las veo por ninguno, porque imito a los gatos del tío Marcos; famosos gatos granadinos, de quien cuenta la tradición que cerraban los ojos por no ver los ratones.

No es esto decir que no lea libros; leo muchos, así como revistas y periódicos y cuantos papeles caen en mis manos, pero no tomo nunca notas, y en cuanto leo un libro estoy deseando darlo. Algunas personas me han preguntado:—¿Cómo, si cree V. que este libro es tan bueno, me lo da y se queda sin él?—Porque lo he leído, contesto yo, y ya no me hace falta.—Pero ¿y si desea después consultarlo, para recordar algún detalle que se le olvidó?—Lo que se olvida se debe de olvidar, afirmo yo con un fatalismo estático, que a las personas tímidas las descorazono. Y esto no es una «salida», es un axioma, algo indiscutible, permanente e inmutable. Si de las ideas de un libro las unas se me quedan y las otras se me van, es

porque las unas son concordantes con mi espíritu y las otras no, o porque según mi modo de ver, las unas son más importante que otras. Si por un esfuerzo de la voluntad mantengo todas las ideas con el mismo relieve ante mis ojos, cometo un atentado contra mi inteligencia. Un hombre que pretendiera mover un objeto pesado por medio de la meditación, en vez de acudir al empleo de la fuerza, sería desde luego tenido por grandísimo loco; y en cambio se admira a quien pretende crear obras de la inteligencia, apoyándose sobre la voluntad y se acepta como verdad inconcusa que un hombre de genio debe de llevar tras de sí tres o cuatro mozos de cuerda.

Las obras humanas han de ser creadas humanamente, por procedimientos humanos. Cambian las ideas, porque cambian las cosas y los hombres: pero la naturaleza del enlace del hombre con las cosas no cambia. Un sabio puede componer un muñeco perfectísimo; que parezca un niño de verdad y que por medio de una corriente eléctrica y de un aparatito fonográfico, gesticule y hable como un gracioso orador; pero si quiere ser padre efectivo, no tiene más remedio que resignarse y hacer lo que hace el más rústico ganapán. El que quiera hacer algo humano no tiene que andarse en quebraderos de cabeza; que diga lo que piensa, cómo lo piensa y esté seguro de que por muy malo que sea lo que haga, no será peor que lo que haría violentándose. Yo no soy escultor; pero si cojó el cincel y esculpo en una piedra una figura, a mi capricho, saldré más airoso que si comprase

varios fragmentos de estatua y a fuerza de paciencia llegara a formar con ellos una estatua de artificio.

Puesto que voy a hablar de cosas de Finlandia, nada más natural que decir que este Gran Ducado tiene tal extensión y tantos habitantes, y que su capital, Helsingfors, es población de tantos miles de almas. No me sería difícil hacerlo así, porque he tenido necesidad de buscar esas cifras y aun las conservo en la memoria; pero no haya temor, no las escribiré. No quiero inaugurar mis explicaciones llenando la cabeza de mis alumnos de cifras inútiles. Yo he preguntado aquí a personas de diferentes categorías sociales y ninguna las conocía con exactitud; así, pues, no he de ser más papista que el Papa; si las gentes que aquí viven y que de aquí son, no quieren molestarse en retener en la memoria esos datos, no veo la necesidad que tengan de conocerlos mis compatriotas que viven a tan larga distancia. Baste saber que este país es grande, mayor que Italia y menor que España; pero muy poco poblado. En el Sur, o sea en la verdadera Finlandia, viven con holgura unos dos millones y medio de individuos, y en el Norte, en la Laponia, habitan los lapones, que no pasan de seis mil. En cuanto a Helsingfors, es capital moderna, que ha crecido como la espuma y tiene según unos, de sesenta a setenta mil habitantes, y según otros, de setenta a ochenta mil, indicando esta misma vaguedad que se confían en ir subiendo y en llegar a la cifra a que hoy no se llega. Para resolver la duda he llamado a mi «staederska»,

una vieja muy lista y experimentada, y le he preguntado:—A su juicio de V., ¿cuántos habitantes tiene Helsingfors?—Y mi criada, después de sacar los labios hacia afuera, en forma de trompa, sin duda para concentrar la atención, me ha dicho:—«jag tror omkring sjuttiotusen». Lo cual vertido al cristiano, quiere decir:—«me parece que setenta mil poco más o menos».—Sospecho que esta buena mujer me va a prestar grandes servicios, aparte de los que me presta limpiándome la casa. Desde ahora mismo la nombro pasante de mi escuela.



II.

Vistazo general a los más importantes grupos étnicos de Europa y en particular al grupo eseandinávico y más en particular todavía al pequeño núcleo finlandés.

CUANDO yo vivía en Madrid concurría asiduamente al Ateneo. La noticia de seguro no le interesa a nadie, pero a mí sí, porque conviene saber que yo nací refractario a la asociación, y que ni en Granada ni fuera de Granada he formado parte de ninguna sociedad. En Madrid llegué a inscribirme en algunas y a pagar las cuotas, pero a nada más; a la Academia de Jurisprudencia fui dos o tres veces y me retiré por incompatibilidad de humores con la parva de ministros en agraz que por allí pululaba.—El único hombre de talento a quien oí discurrir entre tantos abogados era y es —cosas de España—un médico, el Dr. Jaime Vera, que luego se pasó «sin armas ni bagajes» a las filas del socialismo. Así, pues, el ser yo concurrente asíduo del Ateneo, aunque no llegara a leer el Reglamento ni a intervenir en votaciones ni discusiones, revela que el Ateneo es la única

sociedad de España que encaja en mis gustos; declaración previa que me autoriza para decir, sin que nadie piense que soy enemigo de tan famosa institución, que lo bueno que allí hay es el espíritu amplio, tolerante, familiar y protector que supieron crear con su presencia y adhesión desinteresada algunos hombres superiores, que ya se murieron o tardarán poco en morirse. En cuanto a la juventud que entra de refresco, «peor es meneallo».

Un ateneísta joven, pues, profundo conocedor de la política europea, explicaba un día ante numerosos circunstantes boquiabiertos el mecanismo de la política continental, mediante un sistema curioso; por lo visto andaba escaso de nutrición, pues todo lo arreglaba con «pan». Panamericanismo, panlatinismo, pangermanismo, panslavismo y panscandinavismo. Según él—y lo peor es que aquel día formó un plantel de hombres de Estado—los hombres se habían decidido ya a formar núcleos superiores a las nacionalidades; «cada oveja con su pareja»; ya que no podamos ser todos hermanos, unámonos por lo menos en grupos similares y sepamos a qué atenernos. Yo estaba que un sudor se me iba y otro se me venía, porque pensaba en mis adentros:—Si a este hombre, o lo que sea, se le ocurre catarme la sangre, de seguro que me incorpora a la kabila de Mazuza.

Todos sabemos, porque nos llega más de cerca, lo que es el panlatinismo; es una idea generosa que viene a los postres de los banquetes, al ruido de los taponazos que lanza el vino espumoso, cuando los hombres bien comidos y bien bebidos

se sienten hermanos de todos sus semejantes, aunque sean de raza negra, y aun de los monos antropomorfos. Pues bien, como el panlatinismo es todo lo demás. No existen naciones de raza única ni hay para qué atender a tan ridículos exclusivismos. Si se habla de pueblos latinos, ¿qué hacemos con Bélgica, donde hay flamencos, que son del grupo germánico y walones, que son latinos con iguales títulos que los «galos»; qué con Suiza, donde hay alemanes, franceses e italianos; qué con los flamencos franceses, tan apegados a su lengua tradicional como los belgas, y qué con los vascos, que ni siquiera pertenecen al tipo general, con el que Haeckel formó su «homo mediterraneus?»

Así también para llegar al pangermanismo habría que deshacer media Europa; Alemania tendría que prescindir de sus provincias polacas y de los franceses de Lorena, y Austria se descoyuntaría en grupos alemán, húngaro, polaco, latino, eslavo, servio y hasta turco, y alguno de estos grupos, el húngaro, tendría que comunicarse por un túnel subterráneo con los finlandeses, que son sus hermanos de raza. Pues oyendo hablar de panslavismo al disertante de mi cuento se ponía la carne de gallina. Veía uno venir a los rusos, no ya por las Ventas de Alcorcón, por la misma calle del Prado, y entrar al galope por la puerta del Ateneo, como aquellos temibles cosacos a quienes el calenturiento Espronceda decía:—la sangrienta ración de carne cruda—bajo la silla sentiréis herir.—Yo he visto soldados rusos, y creo que lo

que desean, como todos los de Europa, es concluir sus años de servicio, para marcharse a sus casas a vivir en paz con sus familias o a casarse con sus novias, y contribuir en la medida de sus fuerzas a la propagación de nuestra especie.

Cuando se habla de los escandinavos se cree comunmente que desean formar también un núcleo político superior, en que quedaran comprendidas Suecia y Noruega, Dinamarca y Finlandia; y al leer que Rusia ha adoptado medidas enérgicas para «rusificar» a los finlandeses, se piensa que todos los escandinavos entrarán en efervescencia y montarán en cólera contra las medidas de opresión. Nada más lejos de la realidad; los dinamarqueses, noruegos y suecos, que vistos desde lejos parecen hermanos, de cerca son menos que primos; hasta las lenguas que hablan, que parecen poco diferentes y que de hecho difieren poco al leerlas, son muy distintas al pronunciarlas.

Y la pronunciación no es grano de anís, pues con ella se llega a destruir la unidad lingüística, como por la influencia del territorio y de los cruces se llega a destruir la unidad de las razas. Los dos estados escandinavos unidos actualmente, Suecia y Noruega, no dan ningún espectáculo que permita pensar en la decantada fraternidad; pues hoy con un pretexto, mañana con otro, viven en perpetua discordia, poco más o menos como viviríamos en nuestra península, españoles y portugueses, si llegáramos a constituir la unidad ibérica. En España hay pocas personas que sepan que hay cónsules y para qué sirven; razón sobrada para creer

que se puede gozar de perfecta salud sin averiguarlo; entre Suecia y Noruega la cuestión consular, esto es, la de conceder o negar a Noruega la facultad de tener cónsules propios, ha estado a punto de ocasionar una ruptura. Cuando se sacan las cosas de quicio y se busca la ocasión de disgustarse, no hay duda: los sentimientos de fraternidad andan por lo menos resfriados.

He llegado de un modo gradual a la determinación del grupo etnográfico en que «aparentemente» figura Finlandia, porque todo el mundo sabe que la raza finlandesa o carelia es en absoluto distinta de la escandinava; pero todo el mundo cree que esa raza está como anulada o metamorfoseada por la influencia civilizadora de Suecia. Las apariencias favorecen esta opinión, puesto que al primer contacto con este país se nota que la lengua, legislación, cultura y gran parte de la población son suecos.

Finlandia no es una casa de la que se pueda decir: aquí vive Don Fulano de Tal; es una casa de pisos; viven muchos en ella; en el principal viven los rusos, que aunque son muy pocos son los amos; en el segundo y tercero los suecos o los finlandeses, sometidos a la cultura sueca y olvidados de su lengua y costumbres nativas; en los sótanos y buhardillas, es decir, en el interior del país, viven los verdaderos, los legítimos finlandeses. Nótanse, pues, en el país curiosas superposiciones; los finlandeses fueron privados del litoral, cuyos puertos se convirtieron en ciudades suecas, hoy poco cambiadas aún; y luego en estas

ciudades los suecos fueron sometidos a la autoridad rusa.

Además, como la posesión de Finlandia dió origen a varias guerras entre Rusia y Suecia, antes de la conquista total formaba ya parte de Rusia una parte de Finlandia, el distrito de Wiborg, en el cual la influencia rusa es muy visible; hay muchos adeptos de la religión cismática griega, se habla más el ruso y fuman bastantes mujeres. El detalle de fumar es característico, pues la finlandesa no fuma por regla general; cuando alguna señora o señorita finlandesa me ha ofrecido un pitillo y poniéndose otro entre los labios ha comenzado a echar humo, he pensado que por allí andaba la mano de Rusia; y así era la verdad, o había por medio noviazgo o parentesco con rusos o largas residencias en Rusia o algo por el estilo. Por el contrario, la parte occidental de Finlandia, que está más inmediata a Suecia, es casi sueca; hay puertos como Abo o Hangoe, donde casi todo se recibe por vía de Suecia, empezando por los periódicos que vienen de Stockolmo, y que son leídos con más interés que los del país. Hay, pues, una serie de gradaciones imperceptibles producidas por el distinto modo de combinarse las tres razas dominadoras o dominadas del país: la rusa, la sueca y la finlandesa.

Pero pasado el primer momento de confusión, comienza a distinguirse, y al cabo se distingue con claridad, que aquí lo esencial es lo finlandés de raza, la gente del interior, «fran landet». Para hacer visible la idea, y salvando la diferencia de

tiempo y cultura, diré que suecos y finlandeses están en la misma relación que estaban en España los colonizadores fenicios y griegos, dueños del litoral, y los iberos, celtas y celtíberos del interior. Entonces también la vida exterior de España parecía ser fenicia o griega, para los que desde fuera miraban; y sin embargo fenicios y griegos pasaron y quedó la raza indígena como base para constituir el tipo hispano-romano. Siempre que la amalgama no sea completa, que se deje en estado puro un fuerte núcleo de raza indígena, ésta concluye por anular a todas las razas extrañas o mixtas que pretendan dominarla, porque tiene de su parte el amor al territorio, la compenetración con el alma del país, la tenacidad y la fe, que sólo pueden tener los hombres que asientan los pies muy firmes sobre su «terruño»; así la raza pura finlandesa; su evolución es lenta y retrasada, pero es vigorosa e intensa y en su día dará frutos abundantes.

A poco de llegar yo aquí, pregunté a un conocido si no había literatura propiamente finlandesa, algo típico, engendrado por el territorio más bien que por los habitantes, algo que no fuera sólo artículo de comercio, sino como una Biblia poética del país.

Entonces tuve la primera noticia de la existencia del «Kalevala» o epopeya de los carelios, de los «hijos de Kaleva» o legítimos finlandeses. Y ahora que acabo de leer el formidable poema popular, que tiene nada menos que 50 «runor» o cantos y 22.500 versos, y comparo este monumento con las producciones literarias que figuran en los esca-

parates de las librerías, como en los de las tiendas de comercio, las botellas de vino, cajas de frutas y prendas de vestir, esto es, como artículos de venta, me afirmo más en mi idea de que aquí lo que existe con existencia real, y pudiera decirse sustancial, es lo finlandés. Los habitantes del país que no son extranjeros, se creen todos finlandeses; tanto los que hablan sólo sueco como los que hablan sólo finlandés, como los que hablan los dos idiomas; realmente, el idioma no es bastante para destruir las cualidades de la raza; pero no es sólo el idioma lo que diferencia, es la compensación total de la vida, que con el idioma ha sido aceptada. No hay sólo dos lenguas; hay dos vidas diferentes; la una, la de los finlandeses «asuecados», si me es lícito inventar tan fea palabra, y la otra, la de los finlandeses tradicionales. Los primeros ocupan lugar preeminente en la sociedad; los segundos ya dije que vivían en los sótanos y buhardillas, puesto que o están en el interior del país o forman «las clases bajas» en las ciudades, bien que en estos últimos tiempos se note una tendencia social muy marcada a levantar el espíritu finlandés y hablar en el idioma patrio. Comparando estas vidas, digo yo, pues, que los que están en lo firme son los que hasta aquí figuran debajo, los cuales están destinados a quedarse encima como amos y señores absolutos de la situación. La autoridad rusa es conveniente; la lengua sueca podrá quedar como medio supletorio de comunicación intelectual; pero el espíritu del país sólo puede llegar a su máxima altura, reco-

giéndose sobre sí mismo y «pensando en su natural idioma» fijado ya y ennoblecido por creaciones de tan subido valor como el «Kalevala», según podrá verse más adelante cuando explique el asunto y dé idea de las bellezas de este poema épico, y en cierto sentido, étnico.

